

MARCA UN MOMENTO FELIZ DE LA PINTURA ARGENTINA, LA EXPOSICION DE LORENZO GIGLI

Son imágenes que viven de sí y no del reflejo circunstancial que puedan prestarle las cosas adyacentes

Lorenzo Gigli presentó en Los Amigos del Arte una muestra de sus obras. Entre figuras y paisajes son unos treinta cuadros al óleo y representan su labor de los dos últimos años. Todos fueron pintados, efectivamente, de 1930 a 1931.

Fresco tenemos aún el recuerdo de su anterior exposición en agosto del año pasado. Estamos, pues, en aptitud de apreciar comparativamente lo que va de una a otra. No diremos que son dos pintores distintos, porque el de hoy no podría ser sin el de ayer, pero sí que son versiones diferentes de los mismos seres y cosas vistas y concebidas a distintas alturas de la vida.

Lo que hay en la obra de Gigli, e inmediatamente lo advierte el espíritu, es un proceso de transformación natural: un acercarse cada vez más al estado de plenitud, que es el estado de gracia de los artistas; un desplazamiento de toda la personalidad en sus potencias perceptivas y comunicativas hacia la forma perfecta de expresión, que es inherente al arte mismo, porque éste, en definitiva, y a despecho de todas las definiciones teóricas, no es sino la manera perfecta de hacer las cosas.

Cuando vimos el año pasado aquellos cuadros un poco ásperos de carácter que Gigli enviaba de Italia luego de haber expuesto en la Bienal de Venecia, no podíamos ni imaginar siquiera lo que su arte había realizado ya en otros registros de la pintura. "Es un gran pintor—dijimos entonces—, pero fragmentario de estilo y circunscripto a un aspecto determinado de la vida".

Con elementos tomados al clasicismo italiano y a la escuela realista del siglo XIX, su pintura era como un callejón sin salida. ¿Se puede estar simultáneamente en posiciones tan antípodas, nos preguntábamos? ¿Es lícito coordinar en la obra de arte lo sustancial de dos culturas tan opuestas? Había trozos magníficamente resucitados, fragmentos

de cuadro dignos de un maestro, pinceladas estupendas y hasta figuras enteras que parecían salirse de las tablas flamencas e italianas del cuatrocientos. Pero al lado de eso había también arbitrariedades de color, celajes declamatorios que ya no dicen nada al gusto de la época, y cierta acritud tendenciosa de los asuntos que hacía pensar en la pintura socialista de Millet y de Courbet.

Vimos, pues, un círculo prematuramente cerrado y hubimos de lamentarlo por el artista que con dotes tan excepcionales se iniciaba en las andanzas de la pintura. Fué un error de juicio y nos place reconocerlo. Aquello del año pasado no era sino el camino. Lo de ahora es el alto momentáneo de la marcha. ¿Adónde le llevará mañana ese camino? Difícil es contestar. Gigli es hoy una fuerza en acción, una vida en movimiento. Todo lo que hace parece destinado a perdurar. Son imágenes que viven de sí y no del reflejo circunstancial que puedan prestarle las cosas adyacentes.

Por el momento, pues, y sin salirnos de la hermosa realidad que tenemos ante los ojos, preséntasenos Lorenzo Gigli como el pintor que maduró plenamente a influjo de la observación y la experiencia. Confrontadas con la consciente depuración de su pintura actual, las mismas arbitrariedades que antes señalábamos cobran de súbito inesperada importancia. Son puntos de partida. Son los elementos germinativos de la madurez. Para pintar como pinta hoy tuvo que pasar antes por todas las experiencias que pasó. No es cosa que pueda improvisarse de un día para otro. La Naturaleza no procede por saltos. El arte tampoco; todo es ritmo de evolución en la vida.

Prescindiendo de los factores que podríamos llamar subsidiarios, ha ido Gigli a la realidad sustancial de la pintura. En este sentido, su nueva exposición de Los Amigos del Arte es todo un espectáculo de realización plástica. Lo fragmentario se ha definido en expresiones de totalidad. Cada uno de sus cuadros es un mundo completo. Reunidos, todos esos mundos constituyen un sistema. En una pintura así no cabe lo contingente. Todo en ella es medular y orgánico. La vida del artista ha entrado en la sustancia de su arte. La pintura es una pasión para él, y naturalmente, lo devora en su fuego. No se le pidan refinamientos estilísticos ni elegancias caligráficas. Búsquese el contenido, y se hallará la potencia de creación y saltará a los ojos. Búsquese al pintor e inmediatamente se le verá en la manera magistral de componer el cuadro, en la estructura de la forma y en el acento con que su pincel individualiza el carácter de las cosas. El arte de Gigli tiene ya sentido de universalidad. En esto se perfila el maestro.

Hasta la materia colorante, pastosa de calidad, modulada en arcaicas tonalidades de grises y verdes cúpricos, que anticipan el lento proceso de la pátina, contribuye a cimentar la condición universal y perdurativa de su pintura. No ocurrirá, seguramente, con Gigli lo que con muchos pintores contemporáneos suyos hermanados hoy en la inanimidad de la "receta" vanguardista que de aquí a unos años se confundirán unos con otros, porque lo desleído y desmañado no resiste jamás a la acción del tiempo: como imagen se borra; como cuadro ennegrece.

Los que ven la pintura como un juglarismo cerebral y refinado no pueden comprender a Gigli. No es modernista en el sentido corriente del vocablo: es una expresión de autén-

tica "modernidad". Tiene de los grandes pintores modernos lo que éstos, a su vez, tienen de los antiguos.

Ajeno a cuanto sea superficialidad epidérmica, su arte concreta en fuertes imágenes virgilianas la representación de los seres y las cosas, pero a la humanidad de Gigli hay que sentiría en su ambiente natural, identificada con el paisaje en que vive, arraigada como los árboles a la tierra en que se nutre. Y esto es lo que el artista nos muestra en esos lienzos idílicos que se llaman "Fin de jornada", "Caridad", "La espera", "Familia", "Joven campesina", "Alta montaña", etcétera.

Sin embargo, lo más importante del conjunto es el cuadro "Calvario", verdadera obra de museo, compuesta con la pujanza de los maestros en un momento de suma inspiración y destinada a perdurar como una de las más puras expresiones de la nueva pintura argentina.

Integran la muestra de Lorenzo Gigli el lienzo de corte clásico "Familia del artista" y una serie de paisajes pintados al encausto sobre tabla, al modo de los antiguos, tan serenos, tan patriarcales, tan embebidos de paz lugareña que parecen páginas de biblia.